

## *IV*

Fui a parar al Amazonas  
y ya les cuento por qué:  
una mina que juné  
en una verdulería,  
sopesaba una sandía  
y ahí nomás me le arrimé.



Absorta con mi chamuyo,  
relamiéndose, me dijo,  
mirándome seco y fijo:  
“No me vengas con barullos,  
vamonós para los yuyos”,  
quiero que me hagas un hijo.

Los yuyos estaban lejos  
y yo andaba de corbata,  
pero esos ojos de gata  
me convencieron y fui  
siguiendo su frenesí,  
como chanco a la batata.

Cruzamos montes y ríos,  
arroyitos y montañas;  
esquivando musarañas  
nos subimos a dos cebras,  
matamos cuatro culebras  
y setecientas arañas.

A orillitas de un canal,  
cuando entraba la mañana,  
masticando una banana  
clavó en mis ojos sus ojos,  
me empujó en unos abrojos  
y me gritó “¡Aimo Guana!”

Yo no entendía el mensaje,  
el principal, el lingüístico,  
el otro, digamos, místico  
era más claro que el agua:  
mis manos eran su enagua  
y los dos un mismo dístico.

Hay momentos en la vida  
en que pasan raras cosas,  
espinas huelen a rosas,  
Rajoy abraza a inmigrantes  
y los ardientes amantes  
se pegan como babosas.

El amor todo lo mueve:  
el que ordenaba no manda,  
y el paralítico anda.  
Lo digo con convicción:  
cuando vibra el corazón  
hasta el abrojo se ablanda.



“Rompeme toda”, gritaba,  
mi ferviente compañera  
mientras mordía mi pera  
y con un dedo del pie  
espantaba un yacaré  
que se asomaba a mi vera.

¡Qué pasión, y qué fiereza,  
qué yegua más redomona,  
qué hembra esta Amazona!  
¡Qué mina, mamá querida!  
Me dejó panza pa arriba  
rasguñando la bordona.

## V

Me despertó el alarido  
de un loro, o un guacamayo,  
y en el río Pilcomayo  
se desgañitaba un pavo.  
Nadie niegue que soy bravo,  
pero casi me desmayo.



Era tal el griterío  
de la selva traicionera  
que improvisé una tapera  
con unos yuyos violetas  
y entre patos gallaretas  
clamé por mi compañera.

No respondió la Amazona  
a mi voz enamorada,  
yo no entendí la jugada  
ni su actitud tan curiosa.  
“¿Dónde se fue mi preciosa?”  
le pregunté a la enramada.

Callaron el baobab,  
el bejuco, el alacrán,  
la secuoya y el tucán,  
el ébano, la pantera,  
el leopardo, la palmera,  
el colibrí y el tucán.

De la Amazona brios  
conservaba yo dolores  
en todo el cuerpo y primores  
de sus manos y sus piernas  
clavados en las cavernas  
de mis recuerdos mejores.

Pero empecé a colegir  
que ella no iba a regresar  
y si quería salvar  
mi cogote de las fieras  
debía encontrar maneras  
de salir sin avisar.

Difícil pispear el Norte  
en medio de la espesura,  
la vida es harto más dura  
si no se ve el horizonte,  
me sentía un polizonte  
en medio de tal bravura.

Me trepé a un palosanto  
pensando en hallar un techo,  
pero había tanto helecho  
tanta rama, tanta hoja,  
que me agarró la congoja  
y se me instaló en el pecho.

Aquella jungla implacable,  
patria del cedro y del mango,  
fárrago encima del fango  
me tenía entristecido,  
abandonado y perdido,  
llorando y silbando un tango.

No sé cuánto tiempo estuve  
trepado al árbol ingrato;  
pero después de un buen rato  
bajé y vi una anaconda  
que marchaba muy oronda  
pisándole el rastro a un pato.

## VI

Fui detrás de esos dos bichos  
por elegir una opción  
porque ya no era cuestión  
de quedarme y esperar  
que me venga a manducar  
un cocodrilo o un león.

No fue mala la elección,  
pronto llegamos a un claro;  
para mí fue como un faro,  
para el pato fue un percance:  
la anaconda le dio alcance  
y lo almorzó con descaro.

Se estiró pa descansar  
la víbora satisfecha;  
se durmió así, derecha,  
y yo enfilé hacia el río,  
que se movía con brío,  
como barco en una endecha.

Hice una balsa de juncos  
y, sin saber dónde iba,  
escupiendo la saliva  
de haber sido abandonado,  
más triste que esperanzado,  
me largué a la deriva.

Cómo olvidar a Quiroga  
en aquel padecimiento:  
yo miraba el firmamento  
como aquel pobre muchacho  
de envenenado penacho  
que termina con el cuento.

No fue mi suerte tan mala  
y aunque no tenía grapa  
ni una brújula ni un mapa,  
el río me fue llevando;  
paso a paso, piloteando,  
avancé de napa en napa.

El cielo se hizo visible,  
fueron bajando las matas.  
Vi correr indios en patas,  
detrás de ellos un leopardo,  
el aire olía a nardo  
y mi miedo a fe de erratas.

Un indio fue atenazado  
por la angurria del felino,  
el otro brindó con vino  
por haber salido ileso;  
yo en mi balsa del regreso  
perseguía mi destino.

Cuando la nave flaqueaba  
y yo soñaba alpargatas  
llegando a las cataratas  
vi la civilización:  
un aeropuerto, un avión,  
y graciosas azafatas.

Me recibieron con gusto,  
me dieron casa y comida,  
me curaron una herida,  
me subieron a una nave  
que me llevó como un ave  
de regreso a mi guarida.

